

Pero no se crea que olvidaron al *muyik*: le mandaron un vasito de aguardiente y una moneda de cinco kopeks (1). ¡Regodéate, *muyik*!

(1) O sea, veinte céntimos.—(N. DEL T.)

LA PARTIDA DE CHAQUETE

POR

PRÓSPERO MERIMÉE

Las velas pendían inmóviles, pegadas á los palos; el mar estaba liso como un espejo; hacía un calor asfixiante, una calma desesperadora.

Muy pronto se agotan en un viaje por mar los recursos para recrearse que pueden tener los pasajeros de un buque. Harto se conocen unos á otros ¡ay! cuando han pasado juntos cuatro meses en una casa de madera de ciento veinte pies de longitud. Cuando veis acercarse al primer teniente, ya sabéis

de antemano que os hablará de Río-Janeiro, de donde viene; y después, del famoso puente de Essling, que vió hacer por los marinos de la guardia imperial, de los cuales formaba parte. Al cabo de quince días conocéis hasta las muletillas que usa al hablar, la puntuación de sus frases, las diferentes entonaciones de su voz. ¿Cuándo ha dejado nunca de pararse con tristeza después de pronunciar por primera vez en su relato esta palabra, *el emperador...* «¡¡¡Si le hubiesen Vds. visto entonces!!!» (tres signos de admiración) —añade invariablemente. ¡Y el episodio del caballo del trompeta! ¡Y la bala de cañón que rebota y se lleva una cartuchera donde había por valor de siete mil quinientos francos en oro y alhajas, etc., etc.! El segundo teniente es un gran político; comenta todos los días el último número de *El Constitucional*, que ha traído de Brest; ó si abandona las sublimidades de la política

para descender á la literatura, os regalará el oído con el análisis de la última zarzuelilla que ha visto representar. ¡Santo Dios!... El comisario de marina tenía una historia muy interesante. ¡Cómo nos encantó la primera vez que hubo de relatarnos su fuga del pontón de Cádiz! Pero al repetirla por vigésima vez, á fe mía, ya no era posible aguantar más... ¿Y los alféreces y los guardias marinas? El recuerdo de sus conversaciones me pone los pelos de punta. En cuanto al capitán, por lo común es el menos fastidioso de á bordo. Con su carácter de comandante despótico, se halla en secreta hostilidad contra todo el estado mayor. Veja y oprime algunas veces, pero hay cierto placer en decir pestes de él. Si tiene alguna manía cargante para sus subordinados, tiénesse el gusto de ver en ridículo á su superior, y al fin y al cabo eso consuela un poco.

A bordo del buque en que iba yo em-

barcado, los oficiales eran las mejores personas del mundo, todos ellos unos pobres diablos, que se querían como hermanos, pero se aburrían á más y mejor. El capitán era el más dulce de los hombres y nada quisquilloso, lo cual es una rareza. Siempre dejaba sentir á despecho suyo, su autoridad dictatorial. Sin embargo, ¡qué largo me pareció el viaje, y sobre todo esa calma que reinó en torno nuestro pocos días antes de ver tierra!...

Un día, después de la comida, que la falta de ocupación nos hizo prolongar todo el tiempo humanamente posible, estábamos todos reunidos en el puente, esperando el espectáculo monótono, pero siempre majestuoso, de una puesta de sol en el mar. Unos fumaban, otros volvían á leer por vigésima vez alguno de los treinta tomos de nuestra mezquina biblioteca; todos bostezaban hasta saltárseles las lágrimas. Un alférez sentado junto á mí divertíase, con

toda la gravedad de una ocupación seria, en dejar caer con la punta hacia abajo sobre las tablas del combés el puñal que los oficiales de marina suelen llevar con el uniforme de diario. Es un entretenimiento como otro cualquiera y exige habilidad para que la punta se clave verticalmente en la madera. Deseoso de hacer lo mismo que el alférez, y no teniendo yo puñal, quise que el capitán me dejase el suyo, pero me lo negó. Tenía en particular aprecio aquel arma, y hasta le hubiese incomodado verla servir para tan fútil recreo. Ese puñal había pertenecido en otro tiempo á un valeroso oficial, muerto desgraciadamente en la última guerra... Comprendí que iba á narrarse una historia, y no me equivoqué. El capitán dió comienzo sin hacerse rogar. En cuanto á los oficiales que nos rodeaban, como cada uno de ellos conocía al dedillo los infortunios del teniente Roger, emprendieron en segui-

da una prudente retirada. He aquí, poco más ó menos, cuál fué el relato del capitán:

«Cuando conocí á Roger (me llevaba tres años de edad), él era teniente y yo alférez. Les aseguro á Vds. que era uno de los mejores oficiales de nuestro cuerpo; tenía además un corazón excelente, ingenio, instrucción y talento; en una palabra, era un joven encantador, aunque por desgracia un poco altivo y susceptible, lo cual creo que dependía de ser hijo natural y temía que su nacimiento le hiciese perder consideración en la sociedad. Pero, en honor de la verdad, el mayor de todos sus defectos era un deseo violento y continuo de ser el número uno en todas partes donde se hallase. Su padre, á quien nunca había visto, le pasaba una pensión que hubiera sido más que suficiente para sus necesidades, si Roger no hubiese sido la generosidad personificada. Todo cuanto tenía era

de sus amigos. Así que cobraba su trimestre, nunca dejaba de ir á verle alguno con cara triste y mustia.

—Bueno, compañero de glorias y fatigas, ¿qué tienes?—le preguntaba. —Tu aspecto es de no poder hacer mucho ruido al pegarte en los bolsillos. Vamos, aquí está mi bolsa: coge lo que necesites y vente conmigo á cenar.

Llegó á Brest una actriz muy guapa, llamada Gabriela, quien no tardó en hacer conquistas entre los marinos y los oficiales de la guarnición. No era de una hermosura cabal; pero tenía esbelto talle, buenos ojos, pie menudo y un aire algún tanto descarado, y todo eso gusta mucho en las latitudes de veinte á veinticinco años. Por añadidura, decíase que era la criatura más caprichosa de su sexo, y su manera de representar no desmentía esa reputación. Unas veces representaba de un modo admirable, como si fuese una actriz de primer orden; y al día si-

guiente, en la misma obra, estaba fría, insensible, hacía su papel como un niño recita el catecismo. Lo que interesó sobre todo á nuestros jóvenes fué la siguiente historia que de ella se contaba. Parece ser que en París fué querida de un senador muy rico, quien hacía por ella locuras, como suele decirse. Una vez, estando ese hombre en casa de ella se puso el sombrero; Gabriela le rogó que se lo quitase y hasta se quejó de que era una falta de respeto. Echóse á reír el senador, se encogió de hombros y arrellanándose en un sillón dijo: «No tiene nada de particular que esté como me dé la gana en casa de una ramera á quien pago.» Un buen cachete de cuello vuelto, dado por la blanca mano de Gabriela, fué el pago inmediato de esa respuesta, y le tiró el sombrero al otro extremo del cuarto. De aquí un rompimiento completo. Banqueros y generales habían hechos cuantiosas ofertas á la dama;

pero habíalas rechazado todas, y se hizo actriz con el propósito (según su dicho) de vivir independiente.

Cuando la vió Roger y supo esta historia, tuvo para sí que le convenía esa mujer; y con la franqueza un poco brutal de que se nos acusa á nosotros los marinos, he aquí cómo se las arregló para manifestarla cuán impresionados le tenían sus encantos. Compró las flores más bellas y más raras que pudo encontrar en Brest é hizo con ellas un ramo atado con una cinta muy bonita de color de rosa, y en el lazo acomodó con sumo esmero un rollo de veinticinco napoleones de oro: era todo lo que á la sazón poseía. Recuerdo que le acompañé en el escenario durante un entreacto. Dirigió á Gabriela un breve cumplido por la gracia con que llevaba su traje, ofrecióla el ramo y la pidió permiso para ir á verla á su casa. Todo esto lo dijo en cuatro palabras.

Mientras Gabriela no vió más que

las flores y el guapo mozo que se las presentaba, se sonrió, acompañando su sonrisa con una reverencia de las más graciosas; pero en cuanto tuvo en las manos el ramillete y notó el peso del oro, su fisonomía cambió con más rapidez que la superficie del mar levantada por un huracán de los trópicos. Y en verdad que no estuvo menos iracunda, porque con todas sus fuerzas arrojó el ramo y las monedas á la cabeza de mi pobre amigo, quien llevó en la cara las señales de ellas durante más de ocho días. Dejóse oír la campanilla del director, entró Gabriela en escena y representó todo al revés.

Luego que Roger hubo recogido el ramo y el rollo de oro con aire muy confuso, fué al café para ofrecer el ramo (sin el dinero) á la señorita del mostrador, é intentó olvidar á la ingrata bebiendo ponche, sin conseguirlo; y á pesar del despecho que sentía de no poderse presentar con el ojo he-

cho un tomate, enamoróse locamente de la colérica Gabriela. La escribía veinte cartas diarias, y ¡qué cartas!, sumisas, tiernas, respetuosas, tales como pudieran dirigirse á una princesa. Las primeras le fueron devueltas sin abrir, y las demás quedaron sin respuesta. Aún conservaba Roger alguna esperanza, cuando descubrimos que la naranjera del teatro envolvía las naranjas en las cartas amatorias de Roger, las cuales le daba Gabriela con refinada mala intención. Esto fué un golpe terrible para la altivez de nuestro amigo. Sin embargo, no disminuyó su pasión. Hablaba de pedir la mano de la actriz; y como se le dijese que él ministro de Marina no daría jamás el consentimiento, exclamaba que se saltaría la tapa de los sesos.

En estas y las otras, aconteció que los oficiales de un regimiento de infantería de guarnición en Brest, quisieron hacer repetir una canción de

zarzuela á Gabriela, quien se negó á ello por puro capricho. Aferráronse tanto los oficiales y la actriz á su respectivo antojo, que los unos hicieron bajar el telón á silbidos, y la otra se desmayó. Ya saben Vds. lo que es el público en una ciudad de guarnición. Quedó convenido entre los oficiales, que en el día inmediato y los siguientes, sería silbada sin remisión, y no se le permitiría representar ni un solo papel, sin que antes diese una satisfacción pública con la humildad necesaria para expiar su culpa. Roger no había asistido á esa representación; pero aquella misma noche supo el escándalo que se produjo en el teatro, así como los proyectos de venganza que se tramaban para el día siguiente. En seguida tomó su partido.

Al otro día, cuando apareció Gabriela en el palco escénico, de las localidades de la oficialidad partieron una gritería y unos silbidos capaces de

romper el timpano. Levantóse Roger, que con toda intención se había puesto muy cerca de los bullangueros, é interpeló á los más alborotadores en términos tan insultantes, que todo el furor de ellos volvióse al punto contra él. Entonces, con la mayor sangre fría sacó del bolsillo la cartera y apuntó los apellidos de los que le gritaban de todas partes; hubiera aceptado el reto para batirse con todo el regimiento, si por espíritu de cuerpo no se hubiesen presentado gran número de oficiales de marina y no hubiesen desafiado á la mayor parte de sus adversarios. La baraúnda fué verdaderamente espantosa.

Toda la guarnición estuvo arrestada varios días; pero en cuanto quedamos en libertad, hubo terribles cuentas que ajustar. Nos encontramos unos sesenta en el terreno del honor. Roger solo batióse sucesivamente contra tres oficiales; mató á uno de ellos é hirió

gravemente á los otros dos, sin sufrir él ni un rasguño. Yo fui menos afortunado, por mi parte: un maldito teniente, que había sido profesor de esgrima, me dió en el pecho una estocada, de la cual poco me faltó para morir. Aseguro á Vds. que fué un hermoso espectáculo el de aquel duelo, ó más bien aquella batalla. La marina salió vencedora en toda la línea, y el regimiento vióse obligado á abandonar á Brest.

Ya se figurarán Vds. que nuestros jefes superiores no olvidaron al autor de la disputa. Durante quince días tuvo centinela en su puerta.

Cuando se le levantó el arresto y sali del hospital, fui á verle. ¡Cuál no fué mi sorpresa al entrar en su casa y verle almorzando á solas con Gabriela! Tenian aspecto de hallarse en perfecta inteligencia desde mucho tiempo atrás. Ya se tuteaban y bebían en la misma copa. Roger me presentó á su querida

como su mejor amigo, y la dijo que me habían herido en la especie de escaramuza de que ella había sido causa primera. Esto me valió un beso de aquella hermosa mujer. Esa muchacha tenía inclinaciones enteramente marciales.

Pasaron juntos tres meses muy felices, sin separarse un instante. Gabriela parecía amarle con furor, y Roger confesaba que no había sabido qué es amor antes de conocer á Gabriela.

Entró en el puerto una fragata holandesa, y los oficiales nos convidaron á comer. Bebióse en grande de toda clase de vinos, y alzados los manteles, no sabiendo qué hacer, porque esos señores hablaban muy mal el francés, nos pusimos á jugar. Los holandeses parecían tener mucho dinero, y, sobre todo, su primer teniente quería jugar tan fuerte, que ninguno de nosotros se cuidaba de aceptar su invitación al juego. Roger, que, por lo común, no

jugaba, creyó que en aquella ocasión tratábase de sostener el honor de su país. Así, pues, jugó y aceptó todas las posturas que quiso el teniente holandés. Ganó al principio, pero luego perdió. Después de algunas alternativas de ganancia y de pérdida, se separaron sin haber hecho nada. Devolvimos el banquete á los oficiales holandeses, y se volvió á jugar otra vez. Roger y el teniente reanudaron su desafío. Durante varios días se dieron citas, ya en el café, ya á bordo, probando toda clase de juegos, en particular el *chaquete*, y aumentando siempre las puestas, tanto, que llegaron á jugar veinticinco napoleones de oro la partida. Eso era una suma enorme para unos pobres oficiales como nosotros. ¡Más de dos meses de paga! Al cabo de una semana, Roger había perdido todo el dinero que tenía, y además tres ó cuatro mil francos pedidos á préstamo á unos y á otros.

Ya comprenderán Vds. que Roger y Gabriela habían concluido por hacer vida conyugal y tener bolsa común; es decir, que Roger, que acababa de cobrar una fuerte suma por su participación en unas presas hechas, había puesto en la masa común de bienes diez ó veinte veces más que la actriz. Sin embargo, hacíase cuenta siempre que esos caudales pertenecían principalmente á su querida, y no había guardado para sus gastos particulares más que una cincuentena de napoleones. Se vió obligado á recurrir á estos fondos de reserva para seguir jugando. Gabriela no le hizo la menor observación.

El dinero para la casa llevó el mismo camino que el dinero para el bolsillo. Bien pronto vióse reducido Roger á jugarse los últimos veinticinco napoleones. Tenía terrible deseo de ganar; por eso fué larga y porfiada la partida. Hubo un momento en que te-

niendo Roger en mano el cubilete, ya no tenía más que una probabilidad para ganar; creo que necesitaba el *seiscuatro*. Era á una hora avanzada de la noche. Un oficial que les había estado mucho tiempo mirando jugar, concluyó por dormirse en una butaca. El holandés hallábase rendido de fatiga y adormilado; además, había bebido mucho ponche. Sólo Roger estaba bien despierto, y era presa de la más violenta desesperación. Echó los dados temblando. Con tal fuerza los echó sobre el tablero, que con el golpe se cayó al suelo una vela. El holandés volvió primero la cabeza hacia la vela, que acababa de mancharle de cera el pantalón nuevo; después miró los dados. Mercaban el seis y el cuatro. Roger, pálido como la muerte, recibió los veinticinco napoleones. Continuaron jugando. Cambió la racha á favor de mi desgraciado amigo, quien, sin embargo, no hacía más que dejar de apun-

tarse tantos ganados por él, y encasillar las fichas como si hubiese querido perder. El teniente holandés se empeñó en seguir para desquitarse: dobló, decupló las puestas y perdió todas ellas. Aún me parece estar viéndole: era un mocetón rubio y flemático, cuyo rostro parecía de cera. Por fin se levantó, después de haber perdido cuarenta mil francos, los cuales pagó sin que su fisonomía revelase la menor emoción.

—Lo que hemos hecho esta noche no significa nada—le dijo Roger;—estaba V. medio dormido, no quiero su dinero.

—Bromea V.—respondió el flemático holandés;—he jugado muy bien, pero la suerte me ha sido adversa. Estoy seguro de poder ganarle á V. siempre, dándole cuatro agujeros de ventaja. ¡Buenas noches!

Dijo y se marchó.

Al día siguiente supimos que, deses-

perado por su pérdida, se había levantado la tapa de los sesos en su cuarto, después de beber un tazón de ponche.

Los cuarenta mil francos ganados por Roger estaban extendidos encima de una mesa, y Gabriela los contemplaba con una sonrisa de satisfacción.

—¡Somos muy ricos—dijo ella.—
¿Qué vamos á hacer con todo este dinero?

Nada respondió Roger; parecía como alelado desde la muerte del holandés.

—Es preciso hacer mil locuras—continuó Gabriela.—Dinero ganado con tanta facilidad debe gastarse lo mismo. Compremos una carretela, y mofémonos del prefecto marítimo y su mujer. Quiero tener diamantes y cachemiras. Pide licencia y vamos á París. ¡Aquí no conseguiremos acabar nunca con tanto dinero!

Detúvose para observar á Roger, quien, con los ojos fijos en el suelo y la cabeza apoyada en una mano, no la

había oído y parecía dar vueltas en la cabeza á los más siniestros pensamientos.

—¿Qué demonios tienes, Roger?—exclamó ella, apoyando una mano sobre su hombro.—Parece que estás de monos conmigo; no puedo sacarte del cuerpo ni una palabra.

—¡Soy muy desgraciado!—dijo por fin, reprimiendo un suspiro.

—¡Desgraciado! Dios me perdone; pero ¿tendrás remordimientos por haber desplumado á ese gordo *mynheer*?

Roger levantó la cabeza y la miró con ojos extraviados.

—¿Qué importa—prosiguió ella—qué importa que haya tomado la cosa por lo trágico y que se haya levantado la tapa de los pocos sesos que tenía? No me conduelo de los jugadores que pierden, y lo cierto es que su dinero está mejor en nuestras manos que en las suyas: lo hubiera gastado en beber y fumar, mientras que nosotros haremos